



CAPÍTULO XXXVII

Que murió D. Ramiro, rey de Aragon.

El rey D. Fernando, por su testamento, entre sus tres hijos dividió el reino en otras tantas partes; á D. Sancho, el mayor, señaló el reino de Castilla como se extiende desde el rio Ebro hasta el de Pisuerga, ca todo lo que se quitó á Navarra por muerte de D. García, se añadió á Castilla; el reino de Leon quedó á D. Alonso con tierra de Campos y la parte de Asturias que llega hasta el rio Deva, que pasa por Oviedo, demas de algunas ciudades de Galicia que le cupieron en su parte; á D. García, el menor, dió lo demas del reino de Galicia, y la parte del reino de Portugal que dejó ganada de los moros. Todos tres se llamaron reyes. Á doña Urraca dejó la ciudad de Zamora, á doña Elvira la de Toro. Estas ciudades se llamaron el Infantado, vocablo usado á la sazón para significar la hacienda que señalaban para sustento de los infantes, hijos menores de los reyes. No era posible haber paz, dividido el reino en tantas partes. Estaba suspensa España: temian que con la muerte de D. Fernando resultarían nuevos intentos, grandes revueltas y alteraciones. Para prevenir y poner remedio á esto, algunos grandes del reino rogaban al rey don Fernando y le procuraron persuadir algunas veces no dividiese su reino en tantas partes, y desto mismo trataron en las córtes. El que más

trabajó en esto fué Arias Gonzalo, hombre viejo y de experiencia, y que habia tenido con los reyes grande autoridad y cabida por su valor en las armas, prudencia y fidelidad, en que no tenía par. El amor de padre para con los hijos, la fortuna ó fuerza más alta, no dieron lugar á sus buenos consejos.

Asentábale bien la corona á D. Sancho por ser de buena presencia y gentil hombre, de muchas fuerzas, más diestro en los negocios de guerra que de paz. Por esto se llamó D. Sancho el Fuerte. Pelagio Ovetense dice que era muy bello y muy diestro en la guerra. Era de buena condicion, manso y tratable, si no le irritaban con algun enojo, y si falsos amigos so color de bien no le estragáran. Muerto el padre, se querrelaba que en la division del reino se le hizo conocido agravio, que todo el reino se le debía á él por ser el mayor, y que le enflaquecieron las fuerzas con dividirlé en tantas partes; trataba esto en secreto con sus amigos, y en su mismo semblante lo mostraba.

La madre mientras vivió le detuvo con su autoridad que luégo no hiciese guerra á sus hermanos, mayormente que por la muerte de rey D. Fernando lo de Leon (como dote suya quedaba á su disposicion y gobierno. Reinó D. Sancho por espacio de seis años, ocho

meses y veinticinco dias. Al principio que comenzó á reinar, se le ofreció una guerra contra los moros, y luégo tras aquella otra con el rey de Aragon: así suelen las guerras trabarse y eslabonarse unas de otras, y los alborotos y revueltas nunca paran en poco.

El rey D. Ramiro de Aragon, con deseo de ensanchar su reino, con las armas vencedoras perseguia y echaba de Aragon las reliquias de moros que quedaban: á Almuqdadir, rey de Zaragoza, y á Almudafar, rey de Lérida, forzó le diesen párias cada año; al rey de Huesca venció en algunos encuentros. Con los carpetanos confinan los celíberos, y con éstos los edetanos, distrito en que está Zaragoza; á éstos venció el rey D. Fernando en otro tiempo, y le pagaban cada un año cierto tributo; al presente, confiados en la mudanza de los reyes y en la ayuda de D. Ramiro, determinaron de no pagalle las párias. El rey D. Sancho, visto lo que pasaba, acordó de ir contra ellos con un buen ejército, que la presteza en revueltas semejables suele ser muy importante. Los carpetanos, que es el reino de Toledo, con la venida del rey uégo sosegaron y se pusieron en razón. Los celíberos ó aragoneses dieron más en que entender, como gente que era más brava: corrieron los campos, saqueóles las aldeas y pueblos por toda aquella comarca; finalmente se puso sobre Zaragoza, cabeza del reino, y de tal manera apretó el cerco, que la rindió á partido, que pues por el mismo caso que la prestaba obediencia, se apartaba de la amistad que tenía con el rey de Aragon, fuese él tenido á defenderlos de cualquiera que los molestase con guerra, quier fuese cristiano, quier moro; concierto con que se abría la guerra claramente contra el rey de Aragon.

Extrañaba el rey D. Sancho que el de Aragon se juntara con los navarros sus enemigos, que de ordinario hacian entradas y cabalgadas en las tierras de Castilla; demas que á los celíberos que caian en la conquista de Castilla, los tenía por sus tributarios. Estaba el aragones puesto sobre el castillo de Grados, que edificaron los moros ribera del rio Esera para que les sirviese de baluarte muy fuerte contra los intentos y fuerzas de los cristianos. El rey don

Sancho, en conformidad de lo que concertara con los moros, acudió á dar favor á los cercados y hacer que se levantase aquel cerco. Los aragoneses, alterados con aquella venida tan repentina, y apretados de los castellanos por frente, y de los moros que salieron del castillo por las espaldas, en breve quedaron vencidos y desbaratados: unos se salvaron por los pies, otros que acudieron á la pelea, quedaron tendidos en el campo; el mismo rey de Aragon murió en aquella pelea, que sucedió el año poco más ó menos de mil setenta y siete; tuvo la corona por espacio de treinta y un años: sepultaron su cuerpo en San Juan de la Peña, iglesia principal y entierro de otros muchos reyes que allí yacian sepultados.

Esta victoria fué triste y desabrida para los cristianos y de mal pronóstico para lo de adelante, por dar el rey D. Sancho principio á sus hazañas con la muerte de su mismo tio. Del papa Gregorio VII, que gobernó la Iglesia por estos tiempos, se halla una bula en que alaba al rey D. Ramiro, y dice fué el primero de los reyes de España que dió de mano á la supersticion de Toledo (que así llamaba él al Breviario y Misal de los godos), la cual supersticion tenía con una persuasion muy necia deslumbrados los entendimientos, y que con la luz de las ceremonias romanas dió un muy grande lustre á España. Á la verdad, este príncipe fué muy devoto de la Sede Apostólica, en tanto grado, que estableció por ley perpétua para él y sus descendientes que fuesen siempre tributarios al Sumo Pontífice; grande resolucion y muestra de piedad.

Sucedióle en el reino D. Sancho Ramirez, el mayor de sus hijos, que era de edad de diez y ocho años, muy semejable en la virtud á su padre. En tiempo deste príncipe, el año que se contaba de mil y sesenta y ocho, Guinaldo, conde de Ruysellon, edificó y pobló la villa de Perpiñan, en los confines de Francia, cerca de donde estuvo asentada la antigua ciudad de Ruysellon, cabeza de aquel estado. El nombre de Perpiñan se tomó de dos mesones que en aquel sitio poseia un hombre llamado Bernardo de Perpiñan. Dicese otrosí deste rey don Sancho, que abrogó las leyes góticas, á imita-



cion de la ciudad de Barcelona, que hizo lo mismo, como queda dicho, y mandó se siguiesen las imperiales, y conforme á ellas se administrase justicia y sentenciasen los pleitos. Casó con doña Felicia, hija de Armengol, conde de Urgel, en quien tuvo tres hijos, D. Pedro, D. Alonso y D. Ramiro, que todos consecutivamente fueron reyes de Aragon. Otro su hijo bastardó, por nombre D. Garcia, fué adelante obispo de Jaca.

Por este tiempo era obispo de Compostella, ó de Santiago, Cresconio, prelado de mucha virtud y conocida prudencia. Sucedióle en aquella iglesia otro de su mismo linaje, llamado Gudesteo: á éste, á cabo de dos años que gobernaba su iglesia, de noche en su lecho mató un tío suyo, llamado Froila, no por otra causa sino porque pretendia recobrar los pue-

blos de su diócesis, de que malamente y contra razon él se apoderára: tanto puede la codicia demasiada de mandar y tener. Á este prelado sucedió otro llamado Pelayo, en cuyo tiempo se recibió la ley toledana y romana, que así lo dice la historia compostellana. Por ley toledana entiendo yo el órden de decir la misa y las horas canónicas, que de Francia vino á Toledo, y de allí se extendió por las otras partes, quitado el oficio de los godos, como se verá en su lugar. La ley romana era la de continencia de los clérigos, que tenian muy estragada y mudada de lo antiguo la disciplina eclesiástica en esta parte, y los romanos pontífices pugaban por todas las vías posibles que en Alemania, Francia, y España en particular, se reparase este daño.

CAPITULO XXXVIII

Cómo D. Sancho, rey de Castilla, hizo guerra á sus hermanos.

En un mismo tiempo reinaban en España tres reyes primos hermanos, que tenian un mismo nombre, aunque no igual poder y fuerzas: hasta en la manera de muerte fueron todos tres muy semejables. D. Sancho, rey de Castilla, que era el más poderoso, demas de la muerte que dió á su tío el rey D. Ramiro, con que mucho amancilló el principio de su reinado, hecho más feroz de cada dia, se iba á despeñar en mayores males, si bien por su mucho poder y destreza ponía miedo á los demas. D. Sancho, rey de Navarra, el pequeño estado y reino que alcanzaba, y sus pocas fuerzas ayudaba con la confederacion que tenía puesta con el otro D. Sancho, rey de Aragon, traza para asegurarse los dos contra el poder de Castilla, y proseguir contra él la enemiga que heredaron de sus padres. No ignoraba el de Castilla estos intentos y artes: acordó ganar por la mano y anticiparse, rompió con su gente por las tieras de Navarra, hasta dar vista á la villa de Viana. Acudieron los dos reyes, y en aquel lugar se vino á batalla, en que el de Castilla fué roto, y con pérdida de mucha gente dió vuelta á su casa. Los vencedores, determinados de seguir y ejecutar la victoria, rompieron por la Rioja y por la comarca de Briviesca, do

cobraron por las armas todo lo que el rey don Fernando ganára por aquellas partes. Por esta manera se trabaron con guerras entre sí aquellos tres príncipes, sin acordarse de la que restaba contra moros.

El rey D. Sancho de Castilla no pudo por entónces satisfacerse de los dos reyes sus primos, á causa de otra nueva guerra que emprendió en esta misma coyuntura contra sus hermanos. Era codicioso de estados, arrojado, atrevido y ejecutivo, feroz por las fuerzas y poder que alcanzaba. Pretendia que todo lo que fué de su padre le pertenecia, demas de otras querellas particulares que nunca faltan. La flaqueza de sus hermanos le animaba, su poca concordia y recato, pues no se hacian á una para acudir con las fuerzas de ambos al peligro que al uno y al otro amenazaba. Hizo levas de gente: juntó un ejército, el mayor que pudo, resuelto de llevar aquella empresa hasta el cabo. D. Alonso, que era el primero á quien aquella tempestad amenazaba, si bien despachó embajadores á su hermano D. Garcia y á sus primos de Aragon y Navarra para que le acudiesen con sus fuerzas, y ayudasen á rebatir el orgullo del enemigo comun y perseguir aquella bestia fiera y salvaje, por la apretura del tiem-



po juntó sus soldados, que los tenía muchos y buenos, y fué en busca del enemigo. Diéronse vista junto á un pueblo que se llamaba Plantaca: ordenaron sus haces, dióse la batalla con gran coraje y esfuerzo. La victoria quedó por los castellanos, y el rey D. Alonso, vencida y destrozada su hueste, se retiró á la ciudad de Leon. Despues procuró reparar y rehacer su ejército, y tornóse á encontrar con el enemigo cabe el pueblo que se llamaba Golpelara (como dice D. Pelayo, obispo de Oviedo, ó como dice el arzobispo D. Rodrigo, Vulpecularia), pueblo asentado en la ribera del rio Carrion, trocóse la fortuna, y fué vencido el rey de Castilla. Con la prosperidad suelen descuidarse los vencedores.

El Cid iba en compañía del rey D. Sancho en todas las guerras, como la razon lo pedia; era, como está dicho, hombre de grande esfuerzo, sagaz y muy diestro en el pelear. Sospechó lo que fué. Recogió los soldados huidos, y muy de mañana con el sol acometió los reales de los enemigos, que cargados de sueño y vino se hallaban muy léjos de pensar cosa semejante. En el miedo y peligro repentino cada cual muestra quién es: unos huían, otros tomaban las armas, todos mandaban y ninguno obedecía, ni hacia lo que era menester; así en breve espacio quedaron vencidos. D. Alonso se retiró á la iglesia de Carrion, en que tenía puestos soldados de guarnicion. Allí le prendieron y enviaron á Búrgos para que estuviese en buena guarda dentro del castillo de aquella ciudad. Pusiéronse de por medio la infanta doña Urraca, hermana de los reyes, que queria mucho á D. Alonso por su buena condicion, el conde don Peranzules, que en toda aquella adversidad nunca le desamparó. Dieron traza que con licencia del rey D. Sancho fuese al monasterio de Sahagun, que está ribera del rio Cea, y que allí tomase el hábito de monje, renunciado el estado de seglar. Esperaban que las cosas se trocarian, y no faltaria alguna buena ocasion para que aquel príncipe despojado volviese á su reino. Tomó el hábito el año que se contaba de Cristo mil setenta y uno. Pasó algun tiempo en aquella vida, que tomó por fuerza. Los mismos exhortaron á D. Alonso que renunciado el hábito se fuese á Toledo y se pusiese debajo del

amparo del rey moro, Almenon, que fué grande amigo de su padre.

Hízose así, huyó como le aconsejaban, y entróse por las puertas de aquel rey. Pidióle audiencia, y en dia señalado, le habló en esta sustancia: «Cuánto quisiera, rey Almenon, ya que no se me excusaba esta necesidad de acudir á tu socorro y amparo yo que poco ántes era rey poderoso, y al presente me hallo desterrado, pobre y cercado de miserias, tener con algun servicio señalado granjeada tu amistad y tu gracia. Pero ni mi edad, que no es mucha, ni la diferente religion que profesamos, me han dado á ello lugar; y para los príncipes magnánimos, cual tú eres, bastante causa debe ser para dar la mano y levantar á los caidos su grandeza y benignidad; que como yo en mis males huelgo de acudir á tus puertas ántes que á las de otro, movido de la fama de tus virtudes, así te debe dar contento se haya ofrecido ocasion para hacer bien á un hijo del gran rey D. Fernando. Mas ¿qué podía yo hacer? ¿á quién acogerme en mis cuantas? Todas mis ayudas me faltan, de mis bienes y de mi reino estoy despojado por mi mismo hermano D. Sancho, si hermano se debe llamar el que no guarda lealtad y parentesco, y que tiene por bastante causa el apetito de mandar para atropellar los hijos de su padre. Mis deudos, ¿qué me podian prestar? pues pretende tambien embestir con mi hermano D. Garcia, y los reyes nuestros primos están poco sabrosos con nuestra casa. Finalmente, no me quedó otro remedio que desterrarme, ni hallé otro amparo sino en tu sombra. No pretendo que por mi causa ni para restituirme en mi reino emprendas alguna guerra, si bien los grandes príncipes se suelen encargar de deshacer semejantes agravios; sólo te suplico me des lugar en tu casa para pasar mi destierro, que será algun alivio de cuita tan grande. y de entretenerme en tu reino sólo con la esperanza de que el causador destes daños, feroz al presente y ufano, trocadas las cosas, será en breve castigado de la crueldad que ha usado contra sus hermanos y contra sus deudos; cosa que, si sucediere y Dios otorgare con mi deseo y me sacáre



destos males, puedes estar cierto que nunca pondré en olvido el acogimiento y gracia que me hicieres.»

El rey Almenon, como quier tenía á mucha honra que aquel poco ántes rey poderoso acudiese á su amparo con tanta humildad, y confiaba que en algun tiempo le podria ser de provecho aquella su venida, respondió con semblante alegre y en pocas palabras á este razonamiento. Dijo que le pesaba de su desgracia, pero que debía llevar aquel reves con buen talante, pues su conciencia no le acusaba de culpa alguna. Que las cosas desta vida son sujetas á mudanzas; por tanto, de presente se sufriese, y para adelante se entretuviese con aquella buena esperanza que decia. En su reino podria estar todo el tiempo que le pluguiese: que ninguna cosa le faltaria para el sustento de su casa, y que fuera de su reino y de su patria ninguna otra cosa echaria ménos; finalmente, que le tendria como á hijo y le trataria como á tal. Señalóle casa para su morada junto á su palacio, que estaba donde ahora el monasterio de la Concepcion, y caía cerca un templo de cristianos, que se entiende era el que hoy tienen los carmelitas. Con esto tenía aparejo para oír misa y los oficios divinos, y para hablar al rey cuando le parecia. Hizo su pleito homenaje que guardaria lealtad al moro y acudiria á su servicio como era razon.

Era D. Alonso muy apuesto y agraciado, modesto, prudente, liberal y de costumbres muy suaves, con que en breve ganó las voluntades de aquella gente y todos se le aficionaban. Su hermana Doña Urraca cuidaba de sus cosas. Pidió licencia al rey D. Sancho, y con ella le envió para que le hiciesen compañía al conde Peranzules y otros dos hermanos suyos, Gonzalo y Hernando, para que le sirviesen y él se aconsejase con ellos. En compañía de los tres vinieron otros muchos; todos quiso el rey moro ganasen su sueldo, porque tuviesen con qué sustentarse, y cuando fuese menester le sirviesen en la guerra que de ordinario tenía contra otros moros comarcanos. En esto pasaba aquel príncipe desterrado su vida; cuando cesaba la guerra, dábase á la caza y á la montería, y para mayor comodidad de sus monte-

ros, edificó una alquería, que despues creció en vecindad y hoy se llama Brihuega, pueblo conocido en el reino de Toledo. Su ordinaria residencia era en Toledo; trataba mucho con el rey, y de cada dia, con su buen término le ganaba más la voluntad, y el moro gustaba mucho de su conversacion y compañía. Aconteció que cierto dia fueron á tomar deporte y recreacion en una huerta, cerca de la ciudad, por do pasa el rio Tajo, con cuyo riego y agua que dél sacan muchas azudas, se hace muy fértil y de mucho provecho, y hoy se llama la huerta del Rey. Adormecióse con la frescura D. Alonso. El rey y sus cortesanos, que cerca estaban recostados á la sombra de un árbol, comenaron á tratar del sitio inexpugnable de Toledo, de sus murallas y fortaleza; uno dellos, el más avisado, replicó por sólo un camino se podría esta ciudad conquistar; si por espacio de siete años continuados le pusiesen cerco, y cada un año, para quitalle el mantenimiento le talasen los campos y quemasen las mieses, sin duda se perderia.

D. Alonso, que del todo no dormia, ó acaso despertó, oyó con mucho gusto aquella plática y la encomendó á la memoria. Añaden á esto algunos que el rey moro, advertido del peligro y del descuido, para ver si dormia le mandó echar plomo derretido en la mano, y que por esta causa le llamaron D. Alonso el de la mano horadada. Invencion y hablilla de viejas, porque cómo podian tener tan á mano el plomo derretido, ni el que mostraba dormir, disimular tan grave dolor y peligro? La verdad, que le llamaron así por su franqueza y liberalidad extraordinaria.

Otro dia refieren, que estando en presencia del rey, se le levantó el cabello y se le erizó de manera, que aunque el rey por dos ó tres veces se lo allanó, todavía se tornaba á levantar. Los moros, como gente que mira mucho en estos agüeros, avisaron que aquello era pronóstico de grande mal que se apoderaria de aquel reino, si no ganaban por la mano con darle la muerte para asegurarse. ¿Quién podrá desbaratar los consejos de Dios? El rey era de suyo muy humano, y tenía buena voluntad á D. Alonso; por esto no se dejó persuadir de los



agoreros, ni vino en quebrantar por su causa las leyes del hospedaje; contentóse con que don Alonso le hiciese de nuevo pleito homenaje, que le sería amigo verdadero y leal. Esto pasaba en Toledo: por otra parte el rey D. Sancho, feroz y ufano por la victoria que ganó, tomaba posesion del reino de Leon, en que otras se apoderó por fuerza de armas. En particular, la ciudad de Leon, al principio le cerró las puertas, pero al fin, con un cerco que tuvo sobre ella muy apretado, á ejemplo de las demas ciudades, se allanó. Concluido esto á su voluntad, revolvió contra Galicia, do el otro hermano reinaba con pocas fuerzas por tener el reino dividido en bandos, y estar disgustados contra él los naturales á causa de los muchos tributos que les imponia, de cada dia máyores y más graves: el mayor daño, que se dejaba gobernar á sí y á todas sus cosas públicas y particulares de un criado que tenía con él gran cabida, que suele ser un grave daño en los príncipes. De ordinario las mercedes que los príncipes hacen, se atribuyen á ellos mismos; y si en alguna cosa se yerra, cargan á los ministros y á los que tienen á su lado, que suelen pagar con la vida la demasiada privanza, como sucedió en este caso: ca los caballeros, indignados por aquella causa, dieron la muerte á aquel su criado en su misma presencia, y áun pasaron tan adelante, que por sospecharse de muchos eran participantes en aquel delito, para asegurarse tomaron las armas y alborotaron el reino: menospreciaban, es á saber, al que vian dejarse gobernar por hombre semejante; y sin duda es señal que el príncipe no es grande cuando sus criados son muy poderosos.

En este estado se hallaba Galicia al tiempo que el rey D. Sancho acometió á tomalla. Don García, visto que por estar los suyos alborota-

dos no podria contrastar á las fuerzas de su hermano, con solos trescientos soldados que le siguieron, desamparada la tierra acudió á los moros de Portugal. Persuadiales le ayudasen con sus fuerzas; que si bien andaba fuera de su casa, todavía le acudirian sus vasallos. Que se apiadasen de su trabajo, y hiciesen rostro á la ambicion de su hermano, siquiera para asegurar sus cosas y no tener por vecino enemigo tan poderoso, que si salia con aquella pretension, no pararia hasta enseñorearse de todo. Representábalos los intereses que podian esperar de aquella guerra, que todos serian para ellos mismos, y él se contentaria con recobrar su estado y vengar aquel agravio. Á estas razones respondieron los moros que les pesaba de su mal, pero que no les venia á cuento meter en peligro sus cosas por ayudarle, y mucho ménos fiar de promesas de hombre que no se supo conservar en lo que tenía. Despedido deste socorro, todavía quiso probar ventura, alentado con otros muchos que le acudieron, unos por odio al rey D. Sancho, otros por tener parte en la presa, parte moros, parte cristianos. Con esta gente rompió por las tierras de su reino; los pueblos y ciudades de Portugal fácilmente se le rendian. Acudió el rey D. Sancho para atajar esta llama: llegó con su gente hasta Santaren, que antiguamente fué Scalabis. Juntáronse los dos campos, dióse la batalla de poder á poder, el campo quedó por el rey de Castilla, el estrago y matanza de los contrarios fué grande, muchos prisioneros, y entre los demas el mismo D. García, que llevaron al castillo de Luna en Galicia, donde pasó en prisiones lo que restó de la vida, pobre y despojado de su estado. Era de suyo hombre descuidado y flojo, suelto de lengua, y no bastante para tan grandes olas y tormenta como contra él se levantaron.

CAPITULO XXXIX

Cómo el rey D. Sancho murió sobre Zamora.

Concluido que hobo el rey D. Sancho con os dos hermanos, luégo que se vió señor de todo lo que su padre poseia, quedó más soberbio que ántes y más orgulloso. No se acordaba de la justicia de Dios, que suele vengar demasias semejantes, y volver por los que injustamente padecen; ni consideraba cuánta sea la inconstancia de nuestra felicidad, en especial la que por malos medios se alcanza. Prometiase una larga vida, muchos y alegres años sin recelo alguno de la muerte que muy presto por aquel mismo camino se le aparejaba. Despojados los hermanos, sólo quedaban las dos hermanas, que pretendia tambien desposeer de los estados que su padre les dejó. El color que para esto tomaba, era el mismo del agravio que pretendia se le hizo en dividir el reino en tantas partes: la facilidad era mayor á causa de tener ya él mayores fuerzas, y aquellas señoras ser mujeres y flacas. La ciudad de Zamora estaba muy pertrechada de muros, municiones, vituallas y soldados que tenían apercebidos para todo lo que pudiese suceder. Los moradores era gente muy esforzada y muy leal, y aparejados á ponerse á cualquier riesgo por defenderse de cualquiera que los quisiese acometer. Acaudillábalos Arias Gonzalo, caballero muy anciano, de mucho

valor y prudencia, y de cuyos consejos se valia la infanta doña Urraca para las cosas del gobierno y de la guerra.

El rey, visto que por voluntad no vendrian en ningun partido, ni se le querian entregar, acordó usar de fuerza. Juntó sus huestes y con ellas se puso sobre aquella ciudad, resuelto de no alzar la mano hasta salir con aquella empresa: el cerco se apretaba, combatian la ciudad con toda suerte de ingenios. Los ciudadanos comenzaban á sentir los daños del cerco, y el riesgo que todos corrian los espantaba y hacia blandear para tratar de partidos. En este estado se hallaban cuando un hombre astuto, llamado Bellido Dolfos, si comunicado el negocio con otros, si de su solo motivo no se sabe, lo cierto es que salió de la ciudad con determinacion de dar la muerte al rey, y por este camino desbaratar aquel cerco. Negoció que le diesen entrada para hablar al rey: decia le queria declarar los secretos y intentos de los ciudadanos, y áun mostrar la parte más flaca del muro y más á propósito para darle el asalto y forzalla. Creen los hombres fácilmente lo que desean: salió el rey acompañado de sólo aquel hombre para mirar si era verdad lo que prometia. Hizo dél más confianza de lo que fuera razon, que fué causa de su muerte, porque es-